

la serena modestia con que su-
ndose con el blanquear de sus
preguntarle uno de sus discípulos
or músico, contestó con juiciosa
aun era muy joven, acostumbraba
e de añadir: *Yo y Mozart*: más
endo: *Mozart y yo*, y ahora digo

quiarme una entrada para hoy,

edo. ¿Palco o butaca?

as palabras en un papel. Al día
aquel grave señor con una ex-
expresión en el rostro. Había
esposa y los hijos, y al presen-
ecibiera de Gilbert los conserjes
ejaron entrar. ¿A qué se debía

te lo que el señor me pidió que
is tarde Gilbert—: me preguntó
un vale de entrada. Respondí
dad lo hice, mas nunca dije que
podría servirle para nada.

rrido al principio de la carrera
Gilbert, es revelador de su
de espíritu vivo y agudo, siem-
los mayores riesgos. Entró en

el ejército, pero encontró la carrera poco estimulante
y divertida. Quiso ser abogado, pero los códigos le
producían invencible aburrimiento.

En el otoño de 1870 presentaron a Gilbert un nuevo
compositor, cuya última obra—*La Tempestad*—acababa
de causar profunda sensación. Era Arthur Sullivan, y
el encuentro representa un momento decisivo para
sus vidas y para el arte inglés.

Cuando Sullivan estrenó *La Tempestad*, pudo decir,
como Byron, que acostándose desconocido, a la ma-
ñana siguiente despertó famoso. Entonces empezó
el periodo de la colaboración con Gilbert, que cons-
tituye una de las manifestaciones más características
y agradables de la época victoriana.

4.—Carlyle decía que el hombre que canta mientras
trabaja, rinde más y lo hace mejor. En nuestros días
ha sido ampliamente demostrado que la música es un
estímulo para el trabajador. Muchos son los ejemplos
que hay en la música británica, de melodías cuyo
origen ha sido espontáneo, siendo improvisaciones
hechas por hombres o mujeres durante el desempeño
de sus tareas cotidianas. Entre estos ejemplos existen
canciones marineras, y del ejército; también mu-
chas de las que cantan los labriegos mientras aran
la tierra, las de los herreros, etc.

5.—El estreno de *El Barbero de Sevilla* fue desgracia-
do y ruidoso. Rossini tuvo que improvisar en tres se-
manas la que había de ser una obra maestra de la
ópera ligera. Aquella noche del 5 de febrero de 1816,
el público del Teatro Argentino de Roma tenía mal